

Enrique Malboysson
Ante la tumba de Blasco Ibáñez
Los restos del gran novelista serán traídos este año a su patria
(*Estampa*, 11-3-1933)

Francia y Valencia son una misma tierra desde que murió Vicente Blasco Ibáñez. El nombre de Mentón es tan familiar a todos los valencianos, como Játiva, Gandía y Alcira. Diríase que, además de la afinidad espiritual que existe entre Francia y España, el pueblo que guarda los restos del insigne novelista rima con los vergeles, con los naranjos y con el suave clima de Valencia.

Este año con motivo de conmemorarse el quinto aniversario del fallecimiento del autor de *La barraca*, se ha organizado, como otras veces, una peregrinación conmovida con representaciones oficiales y particulares que se acercó a la tumba de Blasco Ibáñez para cubrirla de flores, de banderas y de cintas con sentidísimas dedicatorias.

La romería civil, que ha revestido caracteres bíblicos, la han presidido los hijos de Blasco, Sigfrido y su distinguida esposa, y juntamente con ellos, numerosos valencianos más, entre los cuales he tenido el honor de contarme. El viaje ha sido recogido y silencioso. La más pura emoción nos dominaba a todos y nos parecía que al final de la jomada íbamos a hallarnos con aquel Blasco, plétórico de energías y de dinamismo, de verbo florido y exuberante, que lograba prender a las multitudes en el imán de su palabra fogosa y de su fantasía helénica. Pero Blasco Ibáñez ya no existe más que en el recuerdo y en la admiración de todos.

Naranjas y flores de Menton

Al partir el tren de Valencia, se nos ha acercado un viejo blasquista, titubeante y angustiado, quien nos dice entre sollozos:

—*¡Don Visent! ¿Cuant el portarán?...*

Sigfrido prodiga unas palabras de consuelo al veterano y leal admirador de su padre y le contesta:

—Seguramente los restos serán conducidos este año a Valencia.

—Entonce, yo desearía que me trajesen ustedes un recuerdo del jardín de la casa de dos *Visent* en Menton.

—¿Y qué recuerdo quiere usted?

El viejo vacila un instante, y como si le pareciese excesivo el encargo, añade:

—Pues una naranja de un árbol de los que plantó don *Visent* por su propia mano.

—Quedará usted complacido.

Una mujer enlutada me hace entrega de un ramillete de flores para que lo deposite sobre el féretro de Blasco.

—Solo pido como un gran favor —me dice— que me traiga una rosa de aquel jardín.

Camino de Menton

Y el tren parte en dirección a Barcelona. El trayecto de Marsella a Niza lo hacemos en ferrocarril, y al recorrer la ruta de la Costa Azul pensamos en la sugestión que estos montes y este mar le producían a Blasco Ibáñez. De Niza a Menton vamos en automóvil por la deslumbradora *corniche* alta. En Menton hay que avanzar un poco más para llegar a Garavan, junto a cuya estación del ferrocarril se halla emplazado el chalet Fontana Rosa, que ha alcanzado ya los honores de monumento universal.

El recorrido se hace siempre junto al mar. Después se tuerce a la izquierda, para tomar un camino empinado, y apenas se traspone un cobertizo, aparece a la derecha la fachada principal del edificio, en cuyo frontis campean, en cerámica de Manises, los retratos de Balzac y Dickens, presididos por el de Cervantes. Más abajo, escrita en castellano, francés e inglés, esta inscripción: «El jardín de los novelistas».

En el interior de la bella estancia, todo huele a valencianía y a exaltación de arte. Emplazados en distintos lugares aparecen los bustos de Dostoiewski, Víctor Hugo, Zola, Balzac, Flaubert, Dickens y otros. A la izquierda, un templete griego, como un remanso de paz, es presidido por el busto de Cervantes, Torres elevadas, umbráculos, naranjos, rosas, claveles, cipreses. Allí está el alma y la materia de Valencia. Julio Just tuvo el acierto de llevar a Fontana Rosa un puñado de tierra de lo más característico de la vega valenciana, de la partida de Vera, para que se fundiera con la tierra francesa, ya que tan unidos se hallaban los espíritus de Blasco y Victor Hugo. Una intensa melancolía nos domina a todos.

La biblioteca de Blasco Ibáñez

Doña Elena Ortúzar, la ilustre viuda de Blasco Ibáñez, a quien acompaña otra dama distinguidísima, madame Fontana, nos recibe con toda cordialidad. Sigfrido Blasco nos muestra la biblioteca en que laboraba su padre.

—Aquí pasaba la mayor parte de las horas, porque mi padre era un incansable trabajador.

—¿Trasnochaba?

—Jamás. Era de costumbres muy morigeradas. Por eso, a primeras horas de la mañana, ya estaba en pie, y después del desayuno se metía en la biblioteca a escribir y estudiar.

—¿Cuáles eran sus lecturas predilectas?

—Lo leía todo. Estaba al tanto de cuantos libros nuevos aparecían en el mundo; pero sentía un verdadero deleite por estudiar cuanto se refería a

Valencia. Como la mayor parte de las obras históricas valencianas están agotadas, mi padre nos escribía constantemente pidiéndonos que buscásemos todo cuanto hubiese interesante en las librerías de lance. En seguida se lo remitíamos, y por eso posee esta espléndida colección de libros valencianos, algunos incunables, y pergaminos muy valiosos.

En la biblioteca, en una mesa sencilla, aparecen tal como las dejó unas cuartillas y dos pares de gafas de las que Blasco usaba para leer. También unos libros en rústica sin cortar todavía y la pluma. A la izquierda del asiento, una esfera universal, movable, que constantemente consultaba, impulsado por sus inquietudes de viajero infatigable.

El equívoco de la conversión de Blasco

El asunto, aunque enojoso, ha dado ocasión a vivas controversias y enconados comentarios. Se ha dicho que Blasco Ibáñez se convirtió cuando iba a morir.

—¿Usted sería tan amable, doña Elena, de decirme la verdad de lo ocurrido? —pregunto a la viuda.

—Con mucho gusto —contesta con suma amabilidad—; Vicente no creyó jamás que la muerte le acechaba. Fue siempre muy optimista, y, a pesar de hallarse aquejado de dolencias, se empeñaba siempre en alejar de su pensamiento la funesta creencia de que en el momento menos pensado pudiese llegar la catástrofe de su vida. Él, a decir verdad, no era creyente. Yo, sí lo soy; pero no hablábamos jamás de estas cosas y nos respetábamos mutuamente. Ya sabe usted que se sintió enfermo en París, agudizadas sus dolencias por el frío. Por eso nos trasladamos rápidamente a esta tierra, donde el clima es tan benigno y por la que Vicente sentía un gran cariño. Pensó que pronto, como otras veces, vendría su restablecimiento, y en este trance le sorprendió la muerte. No hubo, pues, otra cosa. No se convirtió al catolicismo, como se ha dicho, y murió como había vivido siempre; completamente desatendido de toda religión. Esto puede usted decirlo en todas partes, porque es la verdad. Y lo afirmo yo, que, repito, soy una mujer creyente.

La torre veraniega

—Es tanto el amor que mi padre había puesto en Fontana Rosa —dice Sigrifo—, que realizó varias obras en el edificio con el fin de poder habilitarlo para el verano, amortiguando los efectos del calor. ¿Ves esa torre que se eleva en tan gran manera? Subamos a ella.

Ascendemos, y al llegar a las cimas, se presenta ante nuestra vista un panorama deslumbrador. Muy cerca, el Mediterráneo. Allá, la frontera italiana. Por una concatenación de ideas surge en mi memoria el recuerdo de la Malvarrosa, donde Blasco escribió sus primeras novelas regionales. Aquí, como escenario, el mismo mar, porque Blasco, para vivir y para crear, necesitaba

siempre sentir sobre su frente de genio la suave caricia de las brisas marinas. Tierra adentro, Blasco Ibáñez hubiese perecido asfixiado.

—Aquí —añade Sigfrido— estableció otra biblioteca; el comedor y el despacho para escribir mirando al mar. Pero el pobre no llegó a utilizar esta torre...

Momentos de viva emoción

Hoy vamos al cementerio, donde reposan los restos del novelista. La mañana es lluviosa y triste. Se ha puesto a tono con la fecha que conmemoramos. En una plazuela nos aguarda el Ayuntamiento de Menton, presidido por su alcalde.

También se han congregado varias señoras y numerosos emigrados antifascistas italianos, con su inseparable Dino Roldani al frente. Banderas francesas y españolas. También la *Senyera* valenciana forma en la comitiva, y nos trasladamos cuesta arriba, en dirección al cementerio de Garavan, situado en lo alto de una colina. Los momentos son de una suprema angustia. El silencio es absoluto, y al penetrar en la fúnebre morada, desembocamos en seguida en una habitación amplia y soleada, cubierta de tapices negros, al centro de la cual se eleva, sobre una mesa, el féretro insepulto que contiene los restos gloriosos de Blasco, y que se halla inundado de flores y cubierto con las banderas de España, de Francia y Valencia. Las agrupaciones republicanas de ambos sexos valencianas han remitido infinidad de lazos y coronas; el partido Republicano Autonomista, por mediación de su presidente y secretario, don Pascual Martínez Sala y don Ángel Puig, que son sus portadores, le dedica una artística placa de plata con enternecida inscripción, y el Ayuntamiento y la Diputación de Valencia hacen la ofrenda de dos majestuosos pebeteros.

Una ráfaga de dolor lo invade todo. Seguidamente, el alcalde de Menton, el ex diputado italiano Dino Roldani, condenado a muerte y escapado de su país, y el diputado a Cortes por Valencia señor Marco Miranda, pronuncian sentidos discursos, repletos de admiración y de cariño a Blasco.

Regresamos a Fontana Rosa.

La fiel sirvienta Casilda

Esta vez doña Elena nos muestra toda la casa. En ella aparecen cerámicas de Valencia, tejidos afiligranados de China y el Japón; lienzos de Sorolla, Murillo, Vicente López y Rubens; bargueños jaspeados; un museo plástico de la vuelta al mundo, realizada por Blasco Ibáñez. Y en un lugar destacado, un retrato de Maciá, con la siguiente dedicatoria: «*A la viuda del gran escritor i amic, Vicens Blasco Ibáñez. De tot cor, Francés Maciá*».

—Aquí tienen ustedes —dice doña Elena— a Casilda, nuestra fiel sirvienta.

Y una mujer ruborosa y de aspecto humilde se acerca a nosotros.

—Servidora de ustedes.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunto.

—Casilda Sáiz Rodríguez. Nací en Burgos, y tanto mi marido, Ramón Jiménez, el chófer de la casa, como yo, estuvimos treinta años al servicio de don Vicente.

—Mi marido quería mucho a Casilda y celebra extraordinariamente sus cosas —dice doña Elena, y añade—: Dio con nosotros la vuelta al mundo, y cuando la presentaba a alguien Vicente siempre decía: «Casilda ha conocido y ha hablado nada menos que con tres papas; Pío X, Benedicto XV y Pío XI». También le decía Vicente con frecuencia: «¡Ay, Casilda! Si tú fueras un escritor, ¡cómo podrías aprovechar lo que has visto!»

La buena Casilda, al oír evocar la figura del señor muerto, deja asomar unas lágrimas y se retira.

El retorno

A la comitiva se ha agregado un desconocido, que pronto capta nuestra efusión. Es un muchacho de aspecto simpático y mirada inquieta, al que hemos visto furtivamente derramar también unas lágrimas:

—Sabía —dice— que llegaban ustedes y los he esperado. Perdónenme, pero yo era un gran admirador también de don Vicente, y, además, soy paisano de ustedes. Me apellido Riera, tengo mi familia en Cocentaina y resido en Menton, en casa de un profesor de francés. *¡Qué gran era don Vicent! ¡Qué gran!* Y el mozo lleva un pañuelo a los ojos y se vuelve de espaldas a nosotros para que no le veamos llorar.

Al atravesar el jardín, de un árbol que se eleva próximo a un busto de Blasco Ibáñez, obra del escultor ruso Bernstamm, el que hizo las mascarillas mortuorias de Dostoiowski y Blasco, cojo una naranja. Es para el viejo, que la aguardará con impaciencia para conservarla como una reliquia.

Más allá, de un rosal que trepa acariciante junto al busto de Victor Hugo, arranco una flor, para la admiradora de Blasco, que me la pidió en Valencia.

—¿Dónde será, al fin, enterrado tu padre? —le pregunto a Sigfrido.

—Decididamente, en el cementerio de Valencia. En un cuadro que se establecerá a la entrada, convertida en jardín, de unos terrenos que expropiará el Ayuntamiento. Todos cuantos vayan al cementerio habrán de pasar por el cuadro de Blasco Ibáñez, en el que se erigirá el mausoleo y se establecerá una biblioteca con las obras de mi padre, traducidas a todos los idiomas. La frontera del jardín dará a una avenida y a una gran plaza.

—¿Crees que el traslado de los restos se verificará este año?

—Estoy convencido de ello.

—Así sea.

Al día siguiente abandonamos Menton, y en la Costa Azul esplendorosa quedan nuestros pensamientos y nuestra emoción, como si fuésemos a dejar para siempre nuestra propia tierra.